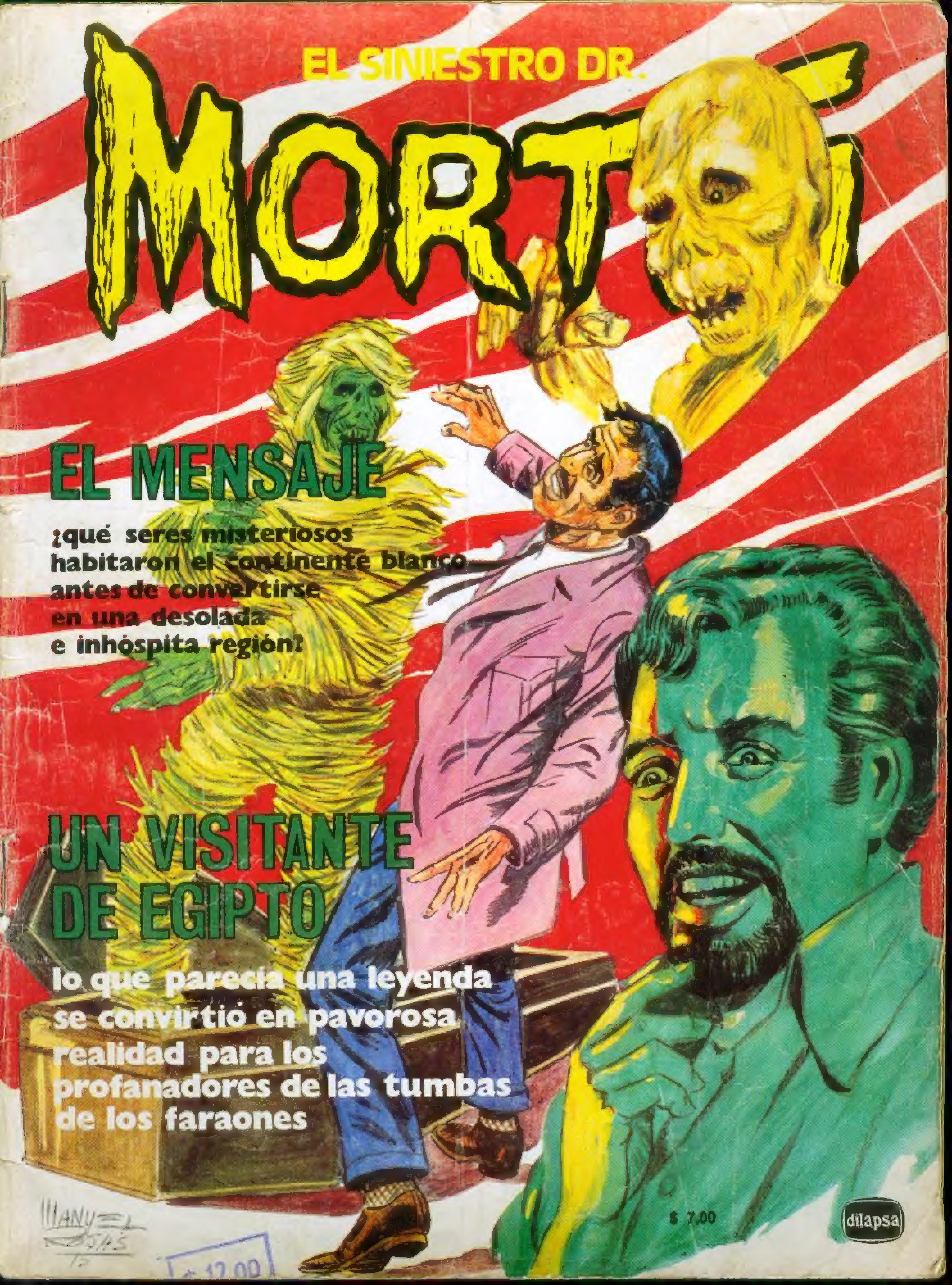

EL SINIESTRO DR.
MORTIS
EL MENSAJE
¿qué seres misteriosos habitaron el continente blanco antes de convertirse en una desolada e inhóspita región?
UN VISITANTE DE EGIPTO
lo que parecía una leyenda se convirtió en pavorosa realidad para los profanadores de las tumbas de los faraones
$ 7.00
dilapsa

N.º 67

Recargo por flete: $ 0,30

Correo Argentino | TARIFA REDUCIDA N.º

Franqueo a pagar N.º

(En trámite)

"DR. MORTIS". Año 4. 2.ª etapa. 1976. Revista mensual. Editorial: DILAPSA S. A. Representante legal: Carlos Celis. Dirección: Bucarest 127. Casilla 16420, Santiago, Chile. Impresa en los talleres de Editora Gabriela Mistral.

MACABROS RELATOS

DEL SINIESTRO

MORTIS

Recuerde que cada 30 días usted renovará su cita con el horror. En 48 espeluznantes páginas encontrará todo sobre los zombies, vampiros y misterios del más allá.

EL SINIESTRO DR MORTIS

EL MENSAJE .... **Pág. 3**
Bajo el subsuelo antártico, seres misteriosos encontraron al fin la oportunidad de transmitir la clave de ese MENSAJE...

UN VISITANTE A EGIPTO .... **Pág. 9**
Un cuento diferente sobre las creencias y misterios del Antiguo Oriente...

¡RESERVE! con tiempo su próximo ejemplar

ENVUELTOS EN UN RESPLANDOR CEGADOR, LLEGARON A LA BASE "PEDRO AGUIRRE CERDA" AQUELLOS MENSAJEROS...
CORRÍA EL AÑO 1967. LA BASE "PEDRO AGUIRRE CERDA", CUSTODIADA POR LA FUERZA AÉREA DE CHILE, ESTABA TRANQUILA EN CUANTO A LAS VENTISCAS QUE SUELEN AZOTARLA.
GUIÓN: EVE MARTINIC
DIBUJO: MANUEL AHUMADA
LETRAS: DACOVAL
DESDE HACÍA QUINCE DÍAS, EL CIENTÍFICO ALEMÁN HANS BULOW ERA HUÉSPED DE LA DOTACIÓN DE LA BASE, Y ATARDECÍA CUANDO EL SABIO, EL SARGENTO DEMETRIO ORTIZ Y EL SOLDADO HUMBERTO DEZA ELEVABAN UN GLOBO SONDA.
DR. MORTIS
PRESENTA:
EL MENSAJE

DEBEMOS DEJARLO AHÍ Y VOLVER A LA BASE, SARGENTO.
BIEN, DOCTOR BULOW.
RECOGIERON SUS IMPLEMENTOS E INICIARON EL REGRESO AL REFUGIO, DISTANTE UNOS TRES MIL METROS.
HABRÍAN CAMINADO TAL VEZ UN KILÓMETRO CUANDO EL SOLDADO DEZA, AL DARSE VUELTA PARA MIRAR EL GLOBO... LO VIO.
¡DIANTRES! ¡MIREN ESO!
LOS TRES SE VOLVIERON A MIRAR. EN LÍNEA RECTA SOBRE EL GLOBO HABÍA UN OBJETO LUMINOSO PARECIDO A UNA LENTEJA.
¡QUE ME CORTEN UN DEDO SI ESO NO ES UN OVNI, MI SARGENTO!
¿QUÉ OPINA USTED, DOCTOR?
¡HUM! SÍ. PARECE UN DISCO VOLADOR, SARGENTO ORTIZ. DEBEMOS CONECTARNOS CON EL REFUGIO.
ESO HARÉ, DOCTOR. ¡ATENCIÓN, ATENCIÓN! AQUÍ SERVICIO DE SONDA LLAMANDO A BASE...
¡ADELANTE, SARGENTO ORTIZ!
ESTAMOS VIENDO UN DISCO VOLADOR, CABO PIEROTIC. COMUNÍQUEME CON MI CAPITÁN BLANCO.
¿ESTÁ BROMEANDO, MI SARGENTO?

LE DIGO QUE ME COMUNIQUE CON MI CAPITÁN.
¡A SU ORDEN!
NO SE HA MOVIDO.
¡HUM! BIEN PUEDE TRATARSE DE UN OVNI O DE OTRA COSA.
AQUÍ CAPITÁN BLANCO A LA ESCUCHA, SARGENTO.
A GRAN ALTURA, SOBRE NUESTRO GLOBO, ESTAMOS VIENDO UN DISCO VOLADOR, MI CAPITÁN.
¿ESTÁ SEGURO? DÉJEME HABLAR CON EL DOCTOR BULOW.
AQUÍ BULOW, CAPITÁN. COMO HA DICHO ORTIZ: NOS PARECE UN DISCO VOLADOR.
ESTÁ BIEN, DOCTOR. ¿QUÉ SUGIERE USTED?
DE HABER TRAÍDO UNA CÁMARA HUBIÉSEMOS PODIDO FOTOGRAFIARLO. QUIZÁS AÚN ESTEMOS A TIEMPO PARA HACERLO.
MIENTRAS TANTO, SERÍA BUENO DESPACHAR UN AVIÓN, CAPITÁN.
LO HABÍA PENSADO. ESO HARÉ, DOCTOR. USTEDES REGRESEN AL REFUGIO, SI ASÍ LO CREE NECESARIO.

SARGENTO ORTIZ, REGRESE AL REFUGIO CON DEZA Y TRAIGA UNA CÁMARA FOTOGRÁFICA. YO ME QUEDARÉ.
ESTÁ BIEN. VAMOS, DEZA.
Y EL DOCTOR BULOW SE QUEDÓ CONTEMPLANDO LA EXTRAÑA NAVE DEL ESPACIO. EL GLOBO SONDA SE BALANCEABA SUAVEMENTE.
HABRÍA PASADO UN CUARTO DE HORA Y LA OSCURIDAD SE ESTABA HACIENDO MÁS INTENSA, CUANDO EL OVNI COMENZÓ A DESCENDER.
¡ATENCIÓN, ATENCIÓN! AQUÍ EL DOCTOR BULOW. ¿ME ESCUCHAN?
BASE A LA ESCUCHA, DOC...

¡ATENCIÓN! ¡ATENCIÓN! AQUÍ DOCTOR BULOW... ATENCIÓN BASE, AQUÍ DOCTOR BULOW LLAMANDO...
PERO BULOW NO OBTENDRÍA RESPUESTA. LAS LUCES DEL REFUGIO SE APAGARON.
EN LA TENUE LUMINOSIDAD QUE DIFUNDÍA APENAS EL LEJANO OVNI, EL CAPITÁN BLANCO Y EL SARGENTO GANDARILLAS ENTRABAN EN LA SALA.
¿QUÉ SUCEDE, PIEROTIC?
LA COMUNICACIÓN CON EL DOCTOR HA SIDO INTERRUMPIDA. TAMPOCO PUEDO COMUNICARME CON NINGUNA DE LAS OTRAS BASES.
SARGENTO GANDARILLAS, REVISE LOS GENERADORES.
MIENTRAS TANTO, BULOW, MUY INTERESADO E INTRIGADO OBSERVABA EL DISCO VOLADOR, QUE HABÍA DESCENDIDO BASTANTE.
DE SÚBITO UNA LUZ ANARANJADA PARTIÓ DE ALGÚN LUGAR DE LA EXTRAÑA NAVE, IMPACTANDO EN EL GLOBO SONDA.

CONTINÚA EN LA PAG 15.

un visitante DE EGIPTO

FRANK BELKNAP LONG

Una lluviosa y triste tarde de agosto, un caballero alto y muy delgado llamó con timidez al cristal esmerilado del despacho del conservador de cierto museo de Nueva Inglaterra. Vestía un abrigo de chinchilla azul oscuro, sombrero Homburg verde oliva, con una copa alta y puntiaguda, guantes amarillos y botines. Una bufanda de seda azul con lunares le rodeada el cuello y ocultaba por entero la parte inferior de la cara y casi toda la nariz. Sólo una pequeña porción de carne sonrosada y arrugadísima era visible por encima de la bufanda y por debajo de la frente, pero como en esta porción descubierta de su fisonomía estaban sus ojos, era tan llamativa como magra. Tan interesante era en verdad que inspiraba un respeto instantáneo, y los ordenanzas, que recibían sustanciosos emolumentos semanales por el mero trabajo de colocar metros de cordón rojo entre la entrada principal y el estrecho pasillo que conducía al despacho del conservador, prescindieron de todas sus preguntas habituales y tontas y condujeron directamente al embozado caballero a lo que un novelista victoriano hubiese llamado los sagrados recintos.

Después de llamar, el caballero aguardó. Aguardó con paciencia, pero había algo en su porte que sugería que estaba en extremo nervioso, perturbado y decidido a hablar con el conservador. Y, sin embargo, cuando la puerta del despacho se abrió al fin y el conservador le miró fastidiado desde detrás de sus gafas con montura de oro, se limitó a toser y a extender una tarjeta de visita.

La tarjeta era de un tamaño discreto e impresa con exquisitez, y en cuanto el conservador la leyó, su porte sufrió un cambio extraordinario. Normalmente era un individuo muy reticente, con un rostro largo y pálido y ojos lúgubres y condescendientes, pero de pronto se volvió ostentosamente cordial y acogió a su visitante con una efusividad que rayaba en el histerismo. Tomó la en parte carnosa y enguantada mano del visitante y le dio un apretón en extremo comercial. Asintió, hizo una reverencia, se mostró risueño y pareció casi fuera de sí de satisfacción.

—¡Si al menos hubiese sabido, Sir Richard, que estaba usted en América! Los periódicos guardaron un silencio extraño... un silencio ultrajante, comprenda. No me imagino cómo ha logrado usted esquivar a los reporteros. De ordinario son persistentes, con una curiosidad casi indecente. ¡No me imagino cómo lo ha logrado!

—No deseaba hablar para viejas idiotas, dar conferencias ante cretinos, ver mi foto reproducida en sus absurdos periódicos —la voz de Sir Richard era sigularmente aguda, casi afeminada, y temblaba por la intensidad de su emoción—. *Detesto* la publicidad y lamento no ser un absoluto desconocido en esta... ejem... región.

—Comprendo, Sir Richard —murmuró el conservador tratando de apaciguarle—. Usted, naturalmente, desea tranquilidad para investigar, para discutir. No le interesa lo que dirían o pensarían de usted los seres vulgares. ¡Una encomiable y eminentemente científica actitud, Sir Richard! ¡Una actitud espléndida! Le comprendo y simpatizo con usted. Nosotros, los americanos, de vez en cuando tenemos que ser amables con la prensa, pero usted no tiene idea de cómo nos molesta, hasta que punto va contra nuestro estilo, si me permite utilizar ese vocablo tan tosco pero expresivo. De verdad, señor Richard. Usted no tiene idea... Pero entre.. Entre, por favor. La visita de tan eminente científico es un inmenso honor para nosotros.

Sir Richard hizo una rígida reverencia y precedió al conservador al interior del despacho. Eligió la más cómoda de las cinco sillas de respaldo de cuero que rodeaban el escritorio del conservador y se hundió en ella con un suspiro apenas audible. Ni se quitó el sombrero, ni retiró la bufanda que cubría su rostro sonrosado.

El conservador seleccionó un asiento frente a la mesa y con gesto cortés le tendió una caja de cigarros de La Habana.

—Son muy suaves —murmuró—. ¿Quiere probar uno, Sir Richard?

Sir Richard negó con la cabeza.

—Jamás he fumado —dijo, y tosió.

Siguió un silencio. Luego Sir Richard pidió disculpas por la bufanda.

—En el barco tuve un desgraciado accidente —explicó—. Tropecé durante uno de los juegos en cubierta y me hice varios cortes en la cara. Está ahora en un estado impresentable. Sé que me perdonará si no me quito la bufanda.

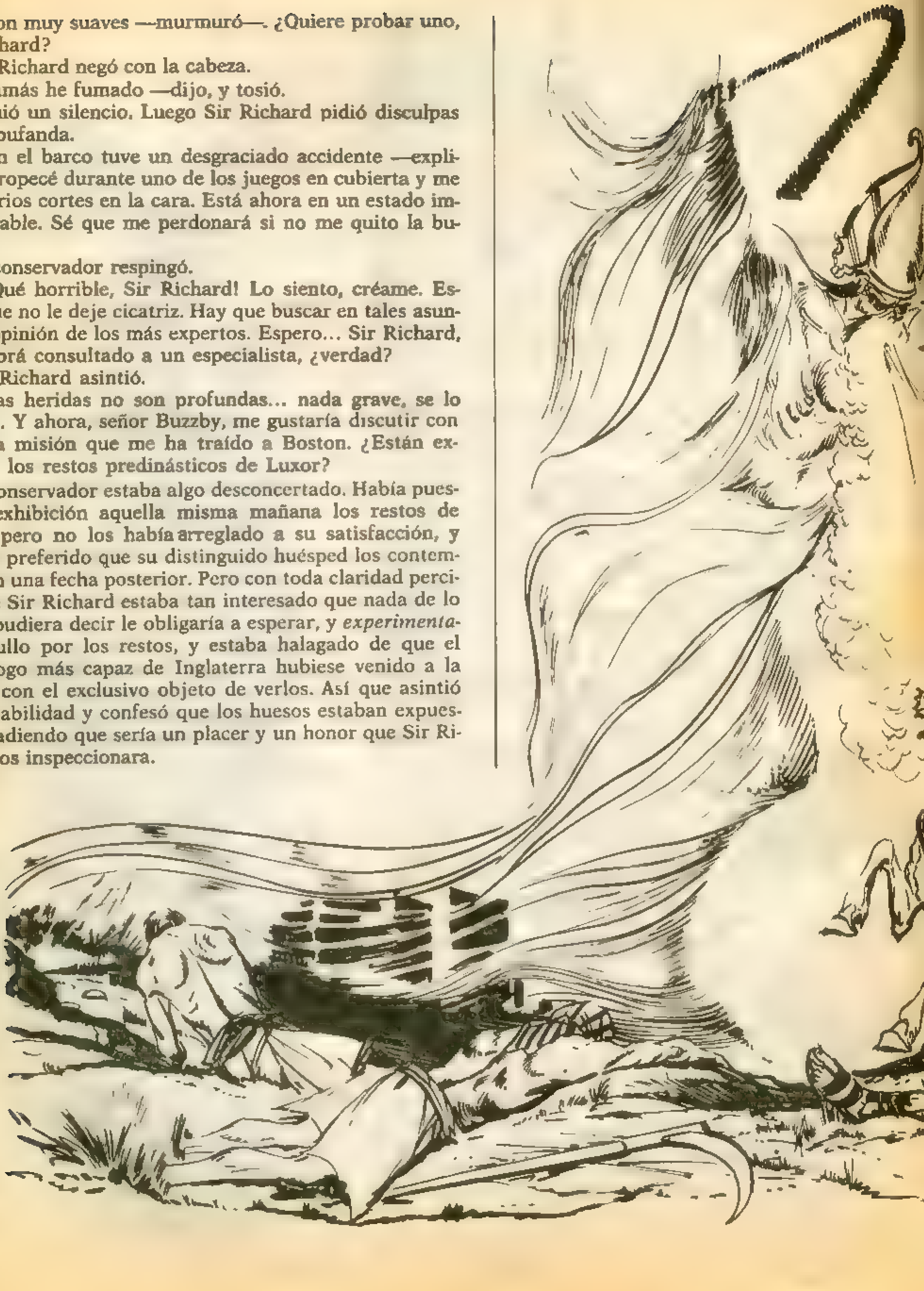
El conservador respingó.

—¡Qué horrible, Sir Richard! Lo siento, créame. Espero que no le deje cicatriz. Hay que buscar en tales asuntos la opinión de los más expertos. Espero... Sir Richard, que habrá consultado a un especialista, ¿verdad?

Sir Richard asintió.

—Las heridas no son profundas... nada grave, se lo aseguro. Y ahora, señor Buzzby, me gustaría discutir con usted la misión que me ha traído a Boston. ¿Están expuestos los restos predinásticos de Luxor?

El conservador estaba algo desconcertado. Había puesto en exhibición aquella misma mañana los restos de Luxor, pero no los había arreglado a su satisfacción, y hubiese preferido que su distinguido huésped los contemplara en una fecha posterior. Pero con toda claridad percibió que Sir Richard estaba tan interesado que nada de lo que él pudiera decir le obligaría a esperar, y *experimentaba* orgullo por los restos, y estaba halagado de que el egiptólogo más capaz de Inglaterra hubiese venido a la ciudad con el exclusivo objeto de verlos. Así que asintió con amabilidad y confesó que los huesos estaban expuestos, añadiendo que sería un placer y un honor que Sir Richard los inspeccionara.



—Son en verdad maravillosos —explicó—. De puro tipo egipcio... dolicocéfalo, con rasgos relativamente primitivos. Y su fecha... Sir Richard, datan de por lo menos el año 8.000 a. de C.

—¿Están los huesos coloreados?

—¡Yo diría que sí, Sir Richard! Magníficamente coloreados y los colores originales apenas se han desvaído. Rojo y azul, Sir Richard, predominando el rojo.

—Hum. Una costumbre muy absurda —murmuró Sir Richard.

El señor Buzzby sonrió.

—Yo siempre la he considerado patética, Sir Richard. Infinitamente divertida, pero patética. Pensaban que pintando los huesos conservaban la vitalidad del cuerpo corruptible. Corrupción luchando contra incorrupción, según parece.

—¡Era blasfemo! —Sir Richard se había levantado de su silla. Su cara, por encima de la bufanda, tenía una curiosa palidez, y había en sus ojillos un duro brillo metálico—. ¡Trataban de engañar a Osiris! ¡No tenían idea de las realidades hiperfísicas!

El conservador le miró con curiosidad.

—¿Qué es lo que quiere usted decir exactamente, Sir Richard?

Sir Richard se sobresaltó un poco ante la pregunta, como si despertase de alguna extraña pesadilla, y su emoción desapareció tan rápidamente como había nacido. El brillo de sus ojos se esfumó y volvió a hundirse en la silla.

—Es que... me divirtió su comentario. ¡Es como limitarse a pintar sus momias creyendo que así se les devolvía la circulación de la sangre!

—Pero eso, como usted sabe, Sir Richard, ocurriría en el otro mundo. Era una de las más claras prerrogativas de Osiris. Podía resucitar a los muertos.

—Sí, lo sé —murmuró Sir Richard—. Confiaban mucho en Osiris. Es curioso que jamás se les ocurrió pensar que el dios podía verse ofendido por sus presunciones.

—Se olvida del Libro de los Muertos, Sir Richard. Las promesas que contiene son muy definidas. Y es un libro inconcebiblemente antiguo. Estoy convencidísimo de que existía en el año 10.000 a. de C. ¿Leyó usted mi folleto sobre esa materia?

Sir Richard asintió.

—Un trabajo muy académico. ¡Pero creo que el Libro de los Muertos tal y como lo conocemos es una falsificación!

—¡Sir Richard!

—Partes de él son sin duda predinásticas, pero creo que el Juicio de los Muertos, que define las prerrogativas judiciales de Osiris, fue añadido por algún entrometido sacerdote ya en período histórico. Es un intento deliberado de modificar el carácter implacable de la suprema deidad de Egipcio. Osiris no juzga, *toma.*

—¿Toma, Sir Richard?

—Exactamente. ¿Se imagina a alguien que haya podido defraudar a la muerte? ¿Se imagina eso, señor Buzzby? ¿Se imagina por un momento que Osiris volviese a la vida a los estúpidos que recurrían a él?

El señor Buzzby se ruborizó. Era difícil creer que Sir Richard hablase tan en serio.

—Entonces usted de verdad cree que el carácter de Osiris, tal como lo conocemos...

—Es un mito, sí. Una versión deliberada e infantil. Ningún hombre podrá comprender nunca el carácter de Osiris. El es el Dios Oscuro. Pero *atesora lo suyo.*

—*¿Eh?* —el señor Buzzby estaba sinceramente impresionado por el tono de ferocidad en el que su interlocutor había pronunciado la última frase—. ¿Qué es lo que ha dicho, Sir Richard?

—Nada —Sir Richard se había levantado y permanecía erguido ante una pequeña librería giratoria del centro de la habitación—. Nada, señor Buzzby. Pero su gusto por las obras de ficción me interesa en extremo. ¡No tenía ni la menor idea de que usted leyese al joven Finchley!

El señor Buzzby se ruborizó y pareció sinceramente apenado.

—No lo hago de ordinario —dijo—. Por regla general desprecio las obras de ficción. Y las novelas del joven Finchley son del todo tontas. Ni siquiera fue un universitario pasable. Pero ese libro tiene... bueno, tiene unas pocas cosas buenas. Lo estaba leyendo esta mañana en el tren y lo coloqué con los demás libros temporalmente porque no tenía otro sitio en donde ponerlo. ¿Comprende, Sir Richard? Todos tenemos nuestras pequeñas debilida-

(continúa en pág. 23)

VIENE DE LA PÁGINA 8

ORTIZ, USTED Y DEZA VIERON ESA COSA. ¿CREEN QUE SE TRATE DE UN DISCO VOLADOR?
A MÍ ME PARECIÓ ESO, MI TENIENTE.
A MÍ TAMBIEN.
TENIENTE RAMBAL, ESTAMOS TOTALMENTE AISLADOS. DISPÓNGASE A SALIR DE PATRULLAJE.
¿QUÉ PIENSA, MI CAPITÁN?
ALGUIEN HA AISLADO LA BASE, SEÑORES. ¿QUIÉN? LO IGNORO.
PERO DEBE TRATARSE DE ALGUIEN QUE POSEE ELEMENTOS DESCONOCIDOS PARA NOSOTROS, TODA VEZ QUE INCLUSO LAS PILAS DE LAS LINTERNAS HAN SIDO ANULADAS.
SE HIZO UN SILENCIO PESADO EN TORNO.
¿UNA INVASIÓN?
ESO CREO. NO EXISTE OTRA EXPLICACIÓN RACIONAL. ESTAMOS AISLADOS DEL RESTO DEL MUNDO, Y NOS ESTÁ VEDADO USAR ARMAS.
PERDÓN, MI CAPITÁN, PERO ¿QUIÉN PUEDE INVADIRNOS? ¿LOS DEL DISCO, TAL VEZ?
BLANCO MIRÓ AL SARGENTO DE UNA MANERA EXTRAÑA.

ESO ES ALGO QUE QUIZÁS NO LO SEPAMOS NUNCA, SARGENTO. PREPÁRESE A VOLVER DONDE EL DOCTOR BULOW.
¡A SU ORDEN, MI CAPITÁN!
¡MIREN! ¡EL OVNI SE VA!
SIMULTÁNEAMENTE LAS LUCES ELÉCTRICAS DE LA BASE SE ENCENDIERON POR SÍ SOLAS, APENAS EL MOTOR SE PUSO A FUNCIONAR.
LOS HOMBRES SE MIRARON PERPLEJOS.
¿QUIERE DECIR ESTO QUE ESTÁBAMOS INTERFERIDOS POR ELLOS? ¡HUM! VOY A LA SALA DE COMUNICACIONES.
MUY PREOCUPADO, EL CAPITÁN BLANCO SE DIRIGIÓ A LA SALA DE COMUNICACIONES.
CABO, COMUNÍQUEME CON LA JEFATURA EN PUNTA ARENAS.
SÍ, MI CAPITÁN.

MIENTRAS TANTO ORTIZ Y DEZA LLEGABAN AL LUGAR DONDE YACÍA BULOW.
¡AHÍ ESTÁ EL ALEMÁN!
¿QUÉ LE HABRÁ SUCEDIDO?
CUANDO LLEGARON JUNTO A BULOW, LOS AVIADORES DIERON VUELTA EL CUERPO. ENTONCES...
ESTÁ SIN...
¡MI MADRE! ¡MÍRELE LA CARA!
ESTO PARECE... PARECE...
PARECEN ESCORIACIONES, ¡PERO NO LO SON, SOLDADO!
EL ROSTRO DEL CIENTÍFICO ESTABA CUBIERTO DE ASQUEROSAS Y DURAS AMPOLLAS QUE PARECÍAN IR CRECIENDO.
DEZA, REGRESE A LA BASE Y QUE VENGAN A AUXILIARNOS.
A SU ORDEN.
Y EL SARGENTO QUEDÓ SOLO. RECORRIÓ LAS INCIPIENTES TINIEBLAS CON SU LINTERNA, ENTONCES ALGO LE LLAMÓ LA ATENCIÓN...

ORTIZ SE ACERCÓ PARA EXAMINAR AQUELLA DEPRESIÓN EN FORMA DE CRÁTER.
AQUÍ HUBO POSADO ALGO QUE IRRADIABA GRAN CALOR.
EN ESE MOMENTO, HANS BULOW GIMIÓ DÉBILMENTE.
AAAAAAAUUU
DOCTOR, ¿CÓMO SE SIENTE?
¡EL... EL MENSAJE!
¿EL MENSAJE? ¿QUÉ MENSAJE?
POR TODA RESPUESTA BULOW LE EXTENDIÓ ALGO SEMEJANTE A UN ROLLO DE PELÍCULA FOTOGRÁFICA.
CUANDO EL SARGENTO IBA A RECIBIR LA PELÍCULA, SINTIÓ AQUELLA SENSACIÓN RADIACTIVA, MIENTRAS BULOW VOLVÍA A CAER EN LA INCONSCIENCIA.

INQUIETO Y ASUSTADO, ORTIZ SE PUSO DE PIE, SEPARÁNDOSE DE BULOW.
ESTO ES RADIACTIVIDAD, SI LO TOCO ESTOY PERDIDO.
CON LOS NERVIOS EN TENSIÓN, ORTIZ VOLVIÓ A DISIPAR LAS TINIEBLAS CIRCUNDANTES CON SU LUZ. POR PRIMERA VEZ EN LOS OCHO MESES QUE LLEVABA EN LA ANTÁRTIDA LE PARECIÓ TODO AQUELLO TERRIBLEMENTE TÉTRICO.
EN ESE MOMENTO EL RUMOR DE UN TRINEO ACERCÁNDOSE LE HIZO SALIR DE SU DEPRIMENTE ESTADO.
LOS RECIÉN LLEGADOS ERAN EL TENIENTE DE SANIDAD DOCTOR LANGENBACH, EL CABO ENFERMERO TOMÁS VÁSQUEZ Y EL SOLDADO DEZA.
¿QUÉ HA PASADO CON BULOW?
NO SÉ, MI TENIENTE, PERO NO LO TOQUEN. ESO QUE TIENE EN LA MANO ES RADIACTIVO.
Y ORTIZ CONTÓ SU EXPERIENCIA CON EL ROLLO DE PELÍCULA DE BULOW.

IMPRESIONADO, EL OFICIAL DE SANIDAD DIO ORDEN DE REGRESAR DESPUÉS QUE HUBO EXAMINADO EL CRÁTER EN EL HIELO.
POCO DESPUÉS ESTABAN EN EL REFUGIO.
UNA VEZ QUE BULOW HUBO SIDO ATENDIDO, EL CAPITÁN BLANCO SE DEDICÓ A EXAMINAR EL EXTRAÑO ROLLO.
HAY RADIACTIVIDAD, PERO EN POCA ESCALA.
SIN EMBARGO ORTIZ DIJO QUE HABÍA BASTANTE.
CUANDO QUISE TOMAR EL ROLLO DE PELÍCULA, INTUÍ EL PELIGRO, MI CAPITÁN.
¡HUM! ES POSIBLE QUE HAYA HABIDO UNA REACTIVACIÓN.

CONTINÚA EN LA PAG. 31.

un visitante DE EGIPTO

FRANK BELKNAP LONG

(viene de pág. 14)

des, ¿verdad? Una obra de ficción de vez en cuando resulta a veces... ejem... bueno, sugestiva. Y H. E. Finchley es en ocasiones bastante sugestivo.

—Lo es, en verdad. ¡Sus novelas egipcias son obras maestras imaginativas!

—Me sorprende, Sir Richard. La imaginación es deplorable en un científico. Pero, claro, como le dije, H. E. Finchley no es un universitario y su trabajo sólo resulta iluminador en ocasiones, si uno no se lo toma demasiado en serio.

—Conoce su Egipto.

—Sir Richard, no puedo creer que usted lo apruebe en realidad. Un simple novelista...

Sir Richard había sacado el libro y lo abrió con indiferencia.

—¿Puedo preguntarle, señor Buzzby, si conoce usted el capítulo trece, *la transfiguración de Osiris?*

—Pobre de mí, Sir Richard, no. Me salté esa parte. Esas paparruchas grotescas me repugnaban.

—¿De veras, señor Buzzby? Pero lo repugnante de ordinario es interesante. Escuche esto: «No cabe la menor duda de que Osiris hacía que sus adoradores soñasen cosas extrañas de él, y de que poseía sus cuerpos y sus almas para siempre. Osiris estaba inspirado en bien de la Muerte por una diabólica cólera contra la humanidad. En el frescor de la tarde caminaba entre los hombres, y sobre su cabeza estaba la Corona del Alto Egipto, y sus mejillas se inflaban con un viento que mataba. Su rostro estaba velado para que ningún hombre pudiera verlo, pero con toda seguridad se trataba de una cara vieja, muy vieja y muerta y seca, porque el mundo era joven cuando el poderoso Osiris murió».

Sir Richard cerró el libro y lo colocó en su estantería.

—¿Qué opina de eso, señor Buzzby? —preguntó.

—Basura —murmuró el conservador—. Pura y simple basura.

—Claro, claro. Señor Buzzby, ¿se le ha ocurrido alguna vez que un dios puede vivir de manera figurada la vida de un perro?

—¿Eh?

—Los dioses se transfiguran, ya sabe. Suben como el humo. En medio de humo y llamas. Se convierten en puras llamas, en puro espíritu, criaturas sin cuerpo visible.

—Bueno, bueno, Sir Richard, eso no se me ocurrió —el conservador soltó una carcajada y dio un golpecito en el brazo de Sir Richard. Singular sentido del humor, murmuró para sí. El hombre es irremediablemente tonto.

—Sería terrible, por ejemplo —continuó Sir Richard—, que el dios no tuviese control sobre su capaci-

dad de transfiguración; si el cambio ocurriese con frecuencia y de manera inesperada; si compartiese, en ese caso, el fantasmal destino de un Dr. Jekyll y Mr. Hyde.

Sir Richard avanzaba hacia la puerta. Se movía con una andadura curiosa y confusa; sus zapatos se arrastraban de manera peculir sobre el piso. El señor Buzzby se colocó inmediatamente a su lado.

—¿Qué ocurre, Sir Richard? ¿Qué ha pasado?

—¡Nada! —la voz de Sir Richard se alzó en una histérica negativa—. Nada. ¿Dónde están los lavabos, señor Buzzby?

—Bajando un tramo de escaleras a la izquierda, al salir del corredor —murmuró el señor Buzzby—. ¿Está... enfermo?

—No es nada, nada —musitó Sir Richard—. Necesito un sorbo de agua, eso es todo. La herida... ejem... afectó a mi garganta. Cuando se me seca demasiado, duele de manera terrible.

—¡Santo cielo! —exclamó el conservador—. Puedo enviar por agua, Sir Richard. Puedo hacerlo. Le ruego que no se moleste.

—No, no, insisto en que no lo haga. Volveré en seguida. Por favor, no llame a nadie.

Antes de que el conservador pudiese renovar sus protestas, Sir Richard había cruzado la puerta y desaparecido pasillo abajo.

El señor Buzzby se alzó de hombros y regresó a su escritorio.

—Una persona muy extraordinaria —murmuró—. Erudita y original, pero rara. Decididamente rara. Sin embargo, es un placer saber que ha leído mi folleto. Un académico de su categoría pudo justificadamente habérselo pasado por alto. Lo consideró obra académica. Obra académica. Hmm. Muy satisfactorio, estoy seguro.

El señor Buzzby cortó la punta de un cigarro y lo encendió.

—Claro que se equivoca en lo del Libro de los Muertos —musitó—. Osiris era un dios benevolentísimo. Es cierto que los egipcios le temían, pero sólo porque se suponía que juzgaba a los muertos. No había nada malo en su esencia o cruel en su persona. Sir Richard se equivoca del todo en eso. Es curioso que un hombre tan emi-

nente pueda desviarse tantísimo. No sé utilizar otra frase. Desviarse tantísimo. En realidad creo que mis argumentos le impresionaron, sin embargo. Sí, veo que se mostró impresionado.

Los agradables pensamientos del conservador se vieron áspera e inesperadamente interrumpidos por un grito en el corredor.

—¡Traiga los extintores! Pronto, so b...

El conservador respingó y se puso en pie apresuradamente. Las blasfemias violaban todas las reglas del museo, y siempre había insistido con firmeza de que se obedeciesen tales reglas. Presentándose en dos zancadas en la puerta, la abrió y miró incrédulo pasillo abajo.

—¿Qué fue eso? —preguntó— ¿Llamaba alguien?

Escuchó pasos presurosos y el sonido de alguien gritando, y luego un ordenanza asomó al extremo del corredor.

—¡Venga pronto, señor! —exclamó— ¡Fuego y humo que salen de los sótanos!

El señor Buzzby gimió. ¡Qué catástrofe ocurría ahora que tenía un huésped tan distinguido! Corrió por el pasillo y cogió colérico al ordenanza por el brazo.

—¿Salió Sir Richard? —preguntó—. ¡Contésteme! ¿Está Sir Richard ahí abajo ahora?

—¿Quién? —preguntó el ordenanza.

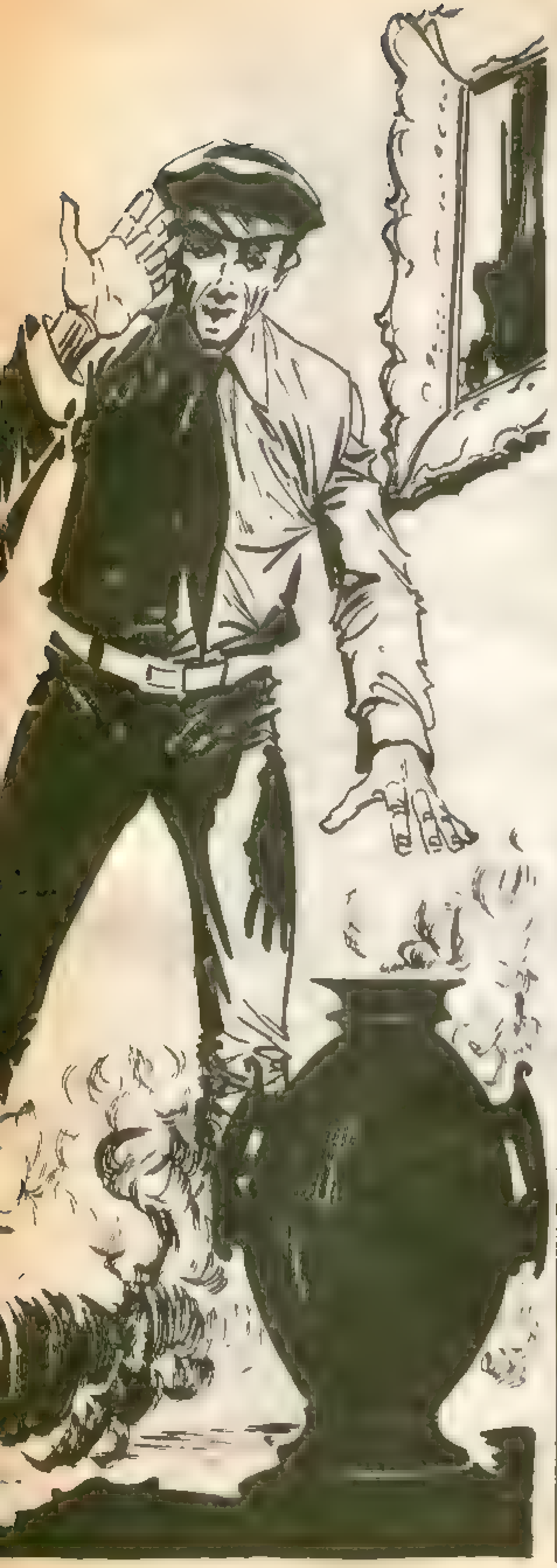
—El caballero que bajó hace pocos minutos, estúpido. ¡Un caballero alto, que llevaba un abrigo azul!

—No lo sé, señor. No vi que subiera nadie.

—¡Buen Dios! —el señor Buzzby estaba frenético—. Tenemos que sacarle inmediatamente. Creo que se encontraba enfermo. Probablemente se desmayó.

Se plantó en el extremo del corredor y miró hacia la escalera llena de humo que conducía a los lavabos. Inmediatamente por debajo de él, tres ordenanzas avanzaban con precaución. Pañuelos mojados, atados con firmeza en torno a sus rostros, les protegían de los acres vapores, y cada uno de ellos mantenía con el brazo extendido un extintor de incendios cilíndrco. Mientras bajaban las escaleras, vaciaban el líquido contenido de los extintores en las crecientes espirales de letal humo azul.

—Hace un minuto era todavía peor —exclamó el ordenanza que estaba junto al señor Buzzby—. El humo resultaba más espeso y con un olor terrible. Olía como los huevos de dinosaurio cuando los desembaló la última primavera, señor.



Los ordenanzas habían llegado ya a la base de la escalera y miraban con precaución dentro del lavabo. Durante un momento estuvieron atisbando en silencio y luego uno de ellos gritó al señor Buzzby:

—Aquí el humo es terriblemente denso, señor. No vemos llamas. ¿Quiere que entremos, señor?

—¡Sí, entren! —la voz del señor Buzzby era un grito trágico y agudo—. Hagan cuanto puedan. ¡Por favor!

Los ordenanzas desaparecieron dentro del lavabo y el conservador aguardó con un angustiado aire expectante. El corazón se le contraía ante la idea del destino que con toda probabilidad había sufrido su distinguido huésped, pero no se le ocurría nada más que hacer. Siniestros presentimientos se agolpaban en su mente, pero se sentía impotente para actuar.

Entonces fue cuando comenzaron los agudos chillidos. Fuera cual fuese la causa que los provocaba eran en verdad fantasmales, pero empezaron tan de repente, de manera tan inesperada, que al principio el conservador no pudo formar una teoría que justificase su origen. Surgieron tan horrible y repentinamente del lavabo, despertando ecos y ecos por los vacíos corredores, que el conservador se quedó boquabierto y con la mirada fija.

Pero cuando adquirieron coherencia, cuando los gritos de miedo se convirtieron en llamadas de piedad, y cuando el lenguaje en el que encontraban áspera expresión cambió también, haciéndose familiar al conservador pero incomprensible para el hombre que estaba a su lado, sucedió algo tan horrible que éste último jamás en su vida pudo olvidarlo.

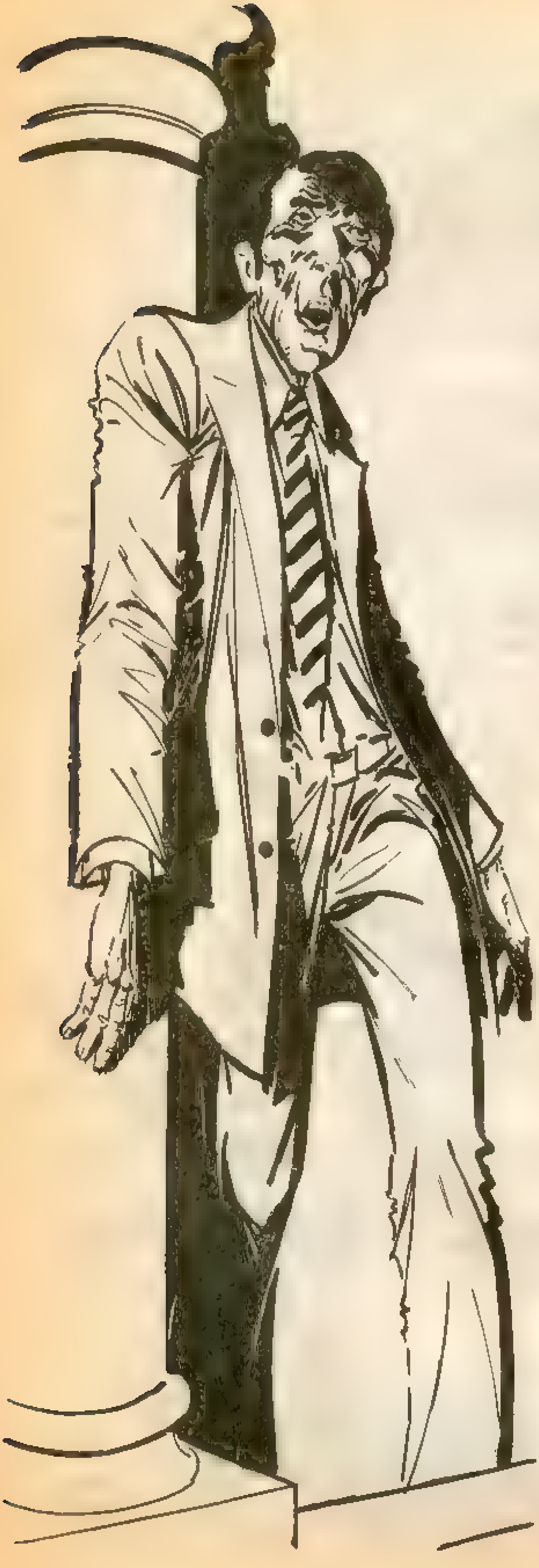
El conservador cayó de rodillas, literalmente se desplomó sobre sus rodillas al pie de la escalera, y alzó ambos brazos en un gesto inconfundible de súplica. Y luego, de sus labios color ceniza salió un torrente de grotesca palabrería:

—¡Sdmw stn Osiris! ¡Sdmw stn Osiris! ¡Sdmw stn Osiris! ¡Sdm-f Osiris! ¡Oh, sdm-f Osiris! ¡Sdmw stn Osiris!

—¡Estúpido! —una figura embozada salió del lavabo y subió pesadamente por la escalera—. ¡Estúpido! ¡Usted... ha pecado irremisiblemente! —la voz era gutural, ronca, remota, y parecía venir de inconmensurable distancia.

—¡Sir Richard! ¡Sir Richard! —el conservador se puso en pie vacilante y avanzó dando tumbos hacia la figura que subía—. Protéjame, Sir Richard. Ahí abajo hay algo indescriptible. Pensé... durante un momento pensé... Sir Richard, ¿lo *vio*? ¿Oyó algo? Esos gritos agudos...

Pero Sir Richard no respondió. Ni siquiera se molestó en mirar al conservador. Apartó al desgraciado como si fuese un necio entrometido y bruscamente comenzó a subir la escalera que conducía a la Sala de Antiguedades Egipcias. Subió con tanta rapidez que el conservador no pudo alcanzarle, y antes de que éste hubiese llegado al rellano de la mitad del tramo de escalera, los pasos de Sir Richard resonaban en el entarimado del piso superior.



—¡Espere, Sir Richard! —gritaba Buzzby—. ¡Espere, por favor! Seguro que usted puede explicarlo todo. Tengo miedo. ¡Por favor, aguárdeme!

Un espasmo de tos se apoderó de él, y en aquel momento se produjo un estrépito terrible. Fragmentos de cristal roto tintinearon sugestivamente sobre el suelo de piedra, despertando ecos ominosos en el pasillo y en la serpenteante escalera. El señor Buzzby se agarró a la barandilla y gimió. Tenía el rostro púrpura y desencajado de miedo, y le brillaba la frente empapada de sudor. Durante un momento permaneció acobardado y sollozando en la escalera. Luego, milagrosamente, recuperó el valor. Cubrió el último tramo subiendo los escalones de tres en tres y se precipitó frenético hacia adelante.

Una idea intolerable acababa de nacer en el pobre y atolondrado cerebro del señor Buzzby. De pronto se le había ocurrido que Sir Richard era un impostor, un loco asesino preocupado sólo por la destrucción, y que sus colecciones corrían inmediato peligro. Cualesquiera que fuesen las deficiencias humanas del señor Buzzby, en su capacidad profesional era un hombre consciente y agresivo hasta un grado casi anormal. El estrépito había sido inconfundible y requería una única explicación. El señor Buzzby olvidó por completo su miedo en su interés por sus preciosas colecciones. ¡Sir Richard había destrozado una de las vitrinas y estaba sacando su contenido! No le cabía la menor duda al señor Buzzby de cuáles eran las vitrinas que había destrozado Sir Richard.

—Los restos de Luxor jamás se podrán duplicar —gimió—. ¡Me han engañado de manera terrible!

De pronto se detuvo y se quedó mirando. En la misma entrada de la Sala yacía un montón de prendas que al instante reconoció. Eran el abrigo azul de chinchilla y el sombrero alpino tipo Homburg con su puntiaguda copa, y la bufanda de seda azul que ocultó tan efectivamente el rostro de su visitante. Y encima del montón se distinguía un par de guantes amarillos de gamuza.

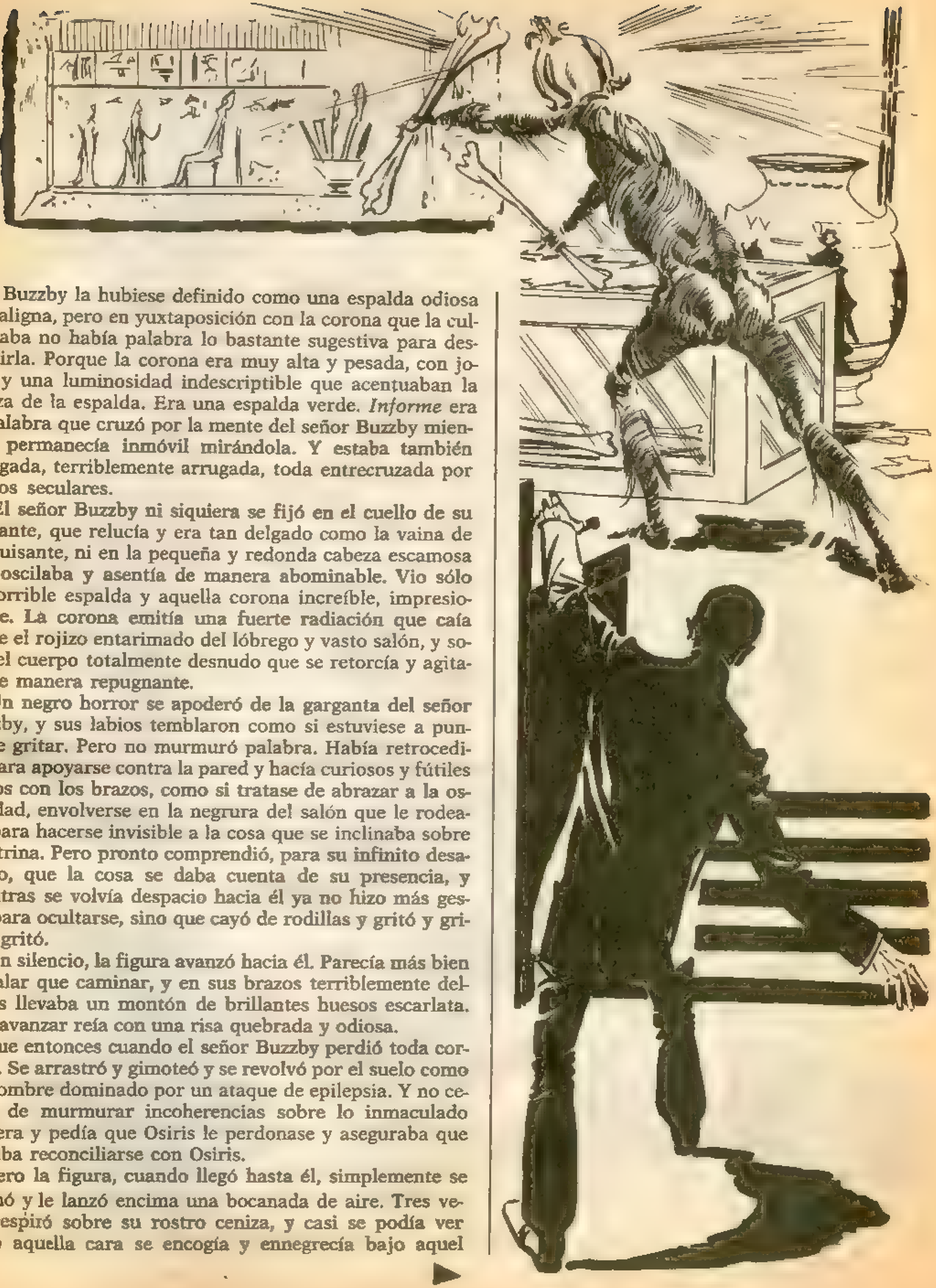
—¡Santo Dios! —murmuró el señor Buzzby—. ¡Ese hombre se ha quitado sus ropas!

Permaneció allí durante un momento mirando incrédulo, y luego, con pasos largos e histéricos, avanzó al interior de la Sala.

—Un loco de remate —murmuraba, por lo bajo—. Un lunático furioso e incontenible. ¿Por qué no...?

Luego, bruscamente, cesó de reprocharse a sí mismo. Se olvidó por entero de su locura, del montón de ropas y de la vitrina destrozada. Todo lo que hasta aquel momento ocupara su mente quedó relegado a un lugar secundario de manera instantánea, y retrocedió, encogiéndose de miedo. Jamás la involuntaria mirada del señor Buzzby había contemplado tal espectáculo.

El visitante del señor Buzzby estaba inclinado sobre la destrozada vitrina y sólo se le veía la espalda. Pero no era una espalda ordinaria. De no estar anonadado, el se-



ñor Buzzby la hubiese definido como una espalda odiosa y maligna, pero en yuxtaposición con la corona que la culminaba no había palabra lo bastante sugestiva para describirla. Porque la corona era muy alta y pesada, con joyas y una luminosidad indescriptible que acentuaban la vileza de la espalda. Era una espalda verde. *Informe* era la palabra que cruzó por la mente del señor Buzzby mientras permanecía inmóvil mirándola. Y estaba también arrugada, terriblemente arrugada, toda entrecruzada por surcos seculares.

El señor Buzzby ni siquiera se fijó en el cuello de su visitante, que relucía y era tan delgado como la vaina de un guisante, ni en la pequeña y redonda cabeza escamosa que oscilaba y asentía de manera abominable. Vio sólo la horrible espalda y aquella corona increíble, impresionante. La corona emitía una fuerte radiación que caía sobre el rojizo entarimado del lóbrego y vasto salón, y sobre el cuerpo totalmente desnudo que se retorcía y agitaba de manera repugnante.

Un negro horror se apoderó de la garganta del señor Buzzby, y sus labios temblaron como si estuviese a punto de gritar. Pero no murmuró palabra. Había retrocedido para apoyarse contra la pared y hacía curiosos y fútiles gestos con los brazos, como si tratase de abrazar a la oscuridad, envolverse en la negrura del salón que le rodeaba, para hacerse invisible a la cosa que se inclinaba sobre la vitrina. Pero pronto comprendió, para su infinito desaliento, que la cosa se daba cuenta de su presencia, y mientras se volvía despacio hacia él ya no hizo más gestos para ocultarse, sino que cayó de rodillas y gritó y gritó y gritó.

En silencio, la figura avanzó hacia él. Parecía más bien resbalar que caminar, y en sus brazos terriblemente delgados llevaba un montón de brillantes huesos escarlata. Y al avanzar reía con una risa quebrada y odiosa.

Fue entonces cuando el señor Buzzby perdió toda cordura. Se arrastró y gimoteó y se revolvió por el suelo como un hombre dominado por un ataque de epilepsia. Y no cesaba de murmurar incoherencias sobre lo inmaculado que era y pedía que Osiris le perdonase y aseguraba que ansiaba reconciliarse con Osiris.

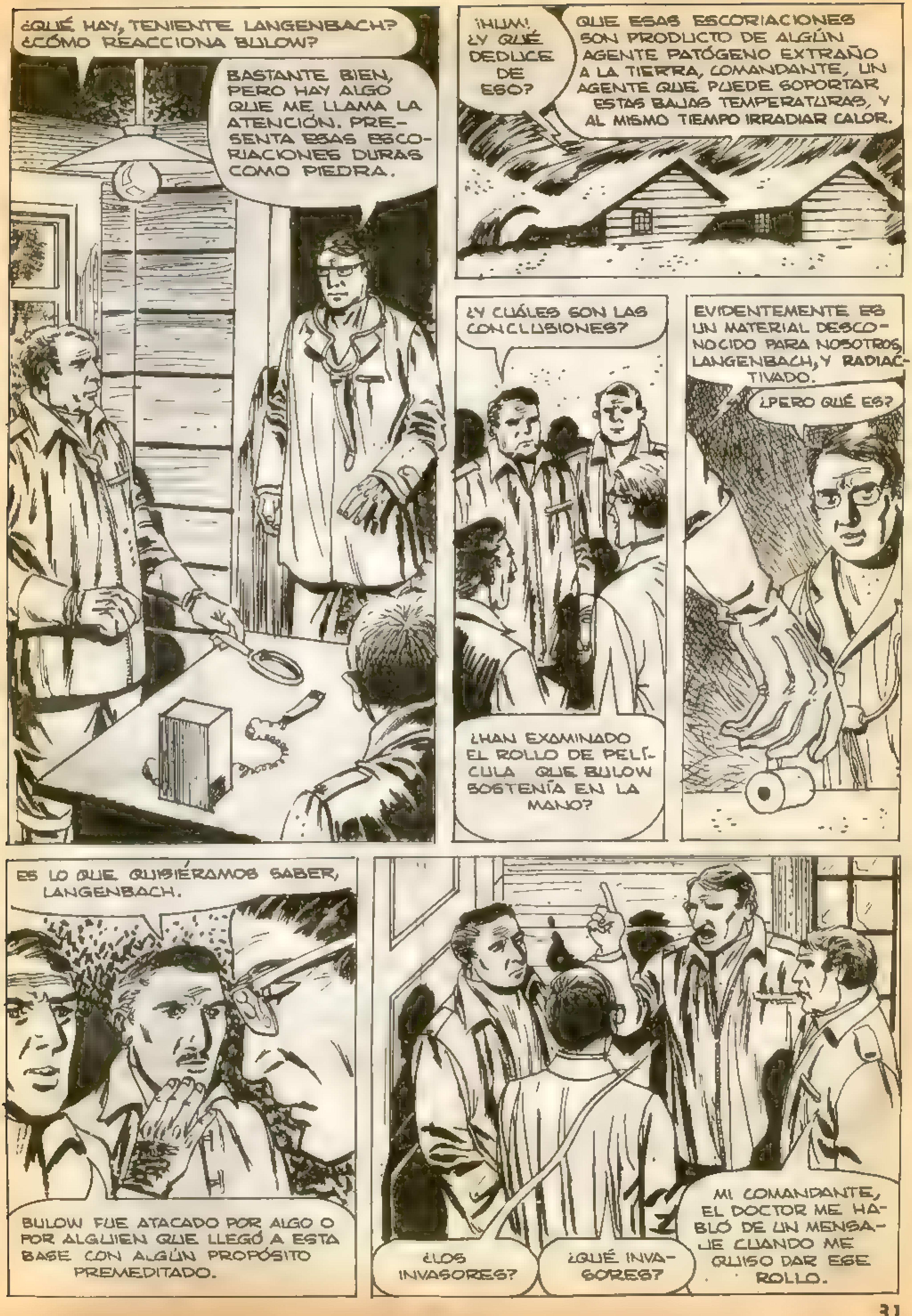
Pero la figura, cuando llegó hasta él, simplemente se agachó y le lanzó encima una bocanada de aire. Tres veces respiró sobre su rostro ceniza, y casi se podía ver cómo aquella cara se encogía y ennegrecía bajo aquel

cálido aliento. Durante algún tiempo permaneció en postura inclinada, mirando con ojos vidriosos, y cuando se levantó el señor Buzzby no hizo el menor gesto para detenerla. Sujetando los huesos escarlata con firmeza en sus brazos terriblemente delgados, se deslizó con rapidez en dirección a la escalera. Los ordenanzas no la vieron bajar. Nadie volvió a verla jamás.

Y cuando el forense, al llegar en respuesta a la tardía llamada de un ordenanza, examinó el cadáver del señor Buzzby, la conclusion ineludible fue que el conservador llevaba muerto mucho, muchísimo tiempo.

Fin

VIENE DE LA PÁGINA 22.



MI TENIENTE LANGENBACH, EL DOCTOR VUELVE EN SÍ.
ESO ESTÁ MUY BIEN, CABO VÁSQUEZ. VOY ENSEGUIDA.
CUANDO LANGENBACH, SEGUIDO DEL COMANDANTE, EL TENIENTE RAMBAL Y LOS SARGENTOS ORTIZ Y GANDARILLAS ENTRABA EN LA SALITA...
¿CÓMO SE SIENTE, PROFESOR?
CRÉAME QUE... QUE NO SÉ DECIRLO Y TAMPOCO SÉ QUÉ... QUÉ ME PASÓ.
¿QUIERE DECIR QUE NO RECUERDA LO SUCEDIDO?
BUENO. NO SÉ, ME PARECE HABER... HABER SOÑADO QUE UN HOMBRE EXTRAÑO ME ENTREGABA ALGO, TENIENTE.
¿UN HOMBRE EXTRAÑO? ¿QUÉ HOMBRE, PROFESOR? USTED TENÍA EN SU MANO ALGO SEMEJANTE A UN ROLLO DE PELÍCULA, PERO QUE NO LO ERA, ¿RECUERDA ALGO DE ESO?
¡NO! NO RECUERDO ESO... SÓLO QUE EL OVNI ESTABA POSADO SOBRE EL HIELO...

"¡SÍ, SÍ! ERA UN DISCO VOLADOR. Y DE ÉL SALÍA ALGUIEN... UN HOMBRE. AHORA LO ESTOY RECORDANDO..."
ME DOY CUENTA DE QUE USTED NO CREE EN LO QUE LE HE CONTADO, COMANDANTE. BUENO, TIENE RAZÓN. PARA MÍ HA SIDO COMO UN SUEÑO, PERO... ENTONCES, ¿QUIÉN ME HIZO ESTO EN LA CARA Y EN LAS MANOS? ¿QUIÉN ME DIO ESE ROLLO?
"EL HOMBRE SE ACERCÓ A MÍ Y COMENCÉ A SENTIR AQUEL ZUMBIDO QUE ME HIZO PERDER LA NOCIÓN DE TODO."
BIEN, BIEN, PROFESOR. LO DEJAREMOS DESCANSAR. YA SE REPONDRÁ Y ENTONCES VOLVEREMOS A HABLAR DEL MENSAJE.
YA HABLAREMOS DE ESO, BULOW.
UNA VEZ QUE SE HUBIERON RETIRADO DE LA SALA, BLANCO CONVOCÓ A LANGENBACH Y A RAMBAL EN SU DESPACHO.
ESTOY PERPLEJO, SEÑORES.
SI POR LO MENOS PUDIÉSEMOS DESCIFRAR ESOS JEROGLÍFICOS.

QUIZÁS DEBIÉRAMOS DUDAR DE BULOW, PERO NO PODEMOS DUDAR DEL SARGENTO ORTIZ.
HE ESTADO PENSANDO QUE QUIZÁS BULOW FUE VISITADO POR... "MENSAJERO."
¿QUÉ CLASE DE MENSAJERO, LANGENBACH? ¿TE REFIERES A UN SER EXTRATERRESTRE? EN ESE CASO, ¿CUÁL SERÍA NUESTRA POSICIÓN? ¿QUIÉN CREERÍA ESA HISTORIA?
TENEMOS EL ROLLO DE PELÍCULA, RAMBAL.
NO SERVIRÁ DE MUCHO SI NO HAY QUIEN PUEDA DESCIFRAR ESOS JEROGLÍFICOS.
LO ENVIAREMOS A SANTIAGO.
POCO DESPUÉS LOS TRES OFICIALES ESTABAN EN LA SALA DE COMUNICACIONES.
CABO, COMUNÍQUEME CON SANTIAGO.
A SU ORDEN, MI COMANDANTE, PERO NO CREO QUE PODAMOS COMUNICARNOS.
BLANCO NO PUDO ENTRAR EN CONTACTO NI CON SANTIAGO NI CON PUNTA ARENAS.
¡HUM! ALGO ESTÁ SUCEDIENDO CON LAS COMUNICACIONES. SIGA INTENTÁNDOLO, PIEROTIC.
PENSATIVO, BLANCO VOLVIÓ A SU DESPACHO SEGUIDO DE SUS OFICIALES.
¿QUÉ LE PREOCUPA, MI COMANDANTE?
ME PREOCUPA TODO ESTO, RAMBAL. TENEMOS QUE HACER ALGO. NO...

EN ESE INSTANTE EL CABO ENFERMERO IRRUMPÍA EN EL DESPACHO...
PERMISO, MI COMANDANTE, ¡EL SARGENTO ORTIZ, MI TENIENTE LANGENBACH, VENGA A VERLO!
CUANDO LOS TRES LLEGARON A LA SALA DE LA ENFERMERÍA CONTIGUA A LA QUE OCUPABA BULOW...
¡SARGENTO ORTIZ!
HA SIDO ATACADO POR LAS PÚSTULAS, MI COMANDANTE.
SARGENTO ORTIZ...
MI... TENIENTE, ¡MI COMANDANTE! ¡EL MEN... MENSAJE! ¡TODOS NOS... CONTAMINAREMOS!
LANGENBACH, ÉCHELE UNA MIRADA A BULOW.
SÍ, COMANDANTE.
CÁLMESE, SARGENTO, TODO SERÁ CONTROLADO. BULOW YA ESTÁ BIEN Y USTED TAMBIÉN PODRÁ...
COMANDANTE, VENGA...
CUANDO ESTUVIERON JUNTO AL LECHO DE BULOW...
¡HA MUERTO!
PÓNGASE GUANTES ANTIRRADIACTIVOS Y QUÍTELE LAS VENDAS, LANGENBACH.
POR TODOS LOS... ¿LO MATÓ LA RADIACIÓN?

CON MANO NO MUY SEGURA EL OFICIAL OBEDECIÓ. ENTONCES...
¡CIELO BENDITO!
¡OH, NO!
HAY QUE TOMAR LAS PRECAUCIONES NECESARIAS. TODOS LOS QUE HAN ESTADO EN CONTACTO CON BULOW Y ORTIZ DEBEN PERMANECER EN CUARENTENA.
¿INCLUIDOS NOSOTROS MISMOS?
INCLUIDOS NOSOTROS, TENIENTE LANGENBACH.
A SU ORDEN.
EN ESO EL ENFERMERO VÁSQUEZ, ASUSTADO Y DESGREÑADO, IRRUMPIÓ EN EL DESPACHO.
¡MI TENIENTE, VENGA ENSEGUIDA! ALGO LE SUCEDE A ORTIZ.
CUANDO LOS CUATRO HOMBRES LLEGARON A LA ENFERMERÍA, ORTIZ ESTABA DE PIE EN EL UMBRAL, PERO AQUÉL NO ERA ORTIZ, ERA...
¡GRAN DIOS!
¿QUÉ ES ESO, LANGENBACH?

CUANDO EL COMANDANTE SE ACERCÓ, EL SARGENTO ORTIZ ALZÓ AQUELLOS BRAZOS RECUBIERTOS DE UNA COSTRA ENDURECIDA...
¡CUIDADO, MI COMANDANTE!
ESTO NO LO ENTIENDO.
SARGENTO, ESCÚCHEME. USTED ESTÁ ENFERMO Y NOSOTROS LO CUIDAREMOS. PERO...
¡APÁRTENSE DE MÍ! ¡DÉJENME SALIR! ¡DÉJENME SALIR O NO RESPONDO DE LO QUE HAGA!
LA VOZ DEL SARGENTO ERA GUTURAL, MONSTRUOSA. LOS CUATRO AVIADORES SE APARTARON A SU PASO. ENTONCES SE DIERON CUENTA DE ALGO HORRENDO.
¡SE ESTÁ PETRIFICANDO!
RAMBAL, LANGENBACH, NO HAY QUE DEJARLO SALIR. ¡DÉ LA ALARMA!
SÍ, MI COMANDANTE.
CUANDO BLANCO QUISO CERRARLE EL PASO, EL MONSTRUO DE UN MANOTÓN LO ENVIÓ LEJOS DE SÍ.
¡CUIDADO, LANGENBACH! ¡NO SE LE ACERQUE!
CON PASO PESADO Y QUE RESONABA COMO PIEDRA EN EL PISO, EL SARGENTO ORTIZ SE ALEJÓ POR EL PASADIZO.

ENTONCES RAMBAL HIZO SONAR LA ALARMA.
¡UUUUUUUU...!
DE INMEDIATO EL RESTO DE LA DOTACIÓN RODEÓ AL OFICIAL.
ALGO HA SUCEDIDO AL SARGENTO ORTIZ. NO HAY QUE PERMITIRLE QUE SE ALEJE DE LA BASE.
¡AH! DIANTRES. ¡MIREN ALLÍ!
GANDARILLAS, CASTRO, CABEZAS, PIEROTIC Y SALDÍAS MIRARON. UNA EXCLAMACIÓN DE ASOMBRO Y HORROR BROTÓ DE SUS LABIOS.
¿QUÉ...QUÉ ES ESO, MI TENIENTE?
NO LO SABEMOS, TAL VEZ ORTIZ SE ESTÉ PETRIFICANDO. ¡DETÉNGANLO!
PERO LOS SIETE HOMBRES NADA PUDIERON CONTRA EL MONSTRUO DE PIEDRA.
¡ES INÚTIL! ¡ATRÁS, ATRÁS, MUCHACHOS!
¡ES IMPOSIBLE DETENERLO, MI COMANDANTE!
HAY QUE HACER ALGO. QUIZÁS SI USAMOS EL "SNOW-CAT."
¡NO! ¡NO! ¡UN MOMENTO!

PIEROTIC, COMUNÍQUEME CON SANTIAGO, RÁPIDAMENTE. USTED, RAMBAL, USE UN HELICÓPTERO Y SIGA A ORTIZ.
¿CUÁL ES LA IDEA, MI COMANDANTE?
AL PARECER ORTIZ, O LO QUE AHORA SEA, VA HACIA ALGÚN PUNTO DEFINIDO, TENIENTE. PUES ES NECESARIO SABER HACIA DÓNDE SE DIRIGE.
¿PIENSA QUE ÉL ESTÁ BAJO LOS EFECTOS DE ALGÚN INFLUJO?
CREO ALGO MÁS QUE ESO, TENIENTE. ORTIZ ESTÁ OBEDECIENDO ÓRDENES DE ALGUIEN QUE DESCONOCEMOS.
MIENTRAS EL CAPITÁN BLANCO PONÍA EN CUARENTENA A LANGENBACH, GANDARILLAS, DEZA Y CASTRO, RAMBAL, LLEVANDO DE SEGUNDO AL CABO CABEZAS, SE ELEVABA TRAS LOS PASOS DE ORTIZ.
NAVAL
POCO DESPUÉS BLANCO SE PONÍA EN CONTACTO RADIAL CON LA JEFATURA EN SANTIAGO. EN POCAS PALABRAS RELATÓ LO MÁS IMPORTANTE DEL ASUNTO...
¿ESTÁ SEGURO, CAPITÁN!
¿CÓMO, QUE ESTOY HABLANDO CON USTED, MI GENERAL? ¡ESTO ES INCREÍBLE E INEXPLICABLE!

ESTÁ BIEN, CAPITÁN. NO PIERDA LA PISTA DEL SARGENTO Y MANTÉNGASE ALERTA. CURSAREMOS UNA ORDEN A PUNTA ARENAS PARA QUE LES APOYEN DOS CAZAS.
¡COMPRENDIDO, SEÑOR! ¿QUÉ HACEMOS CON EL CADÁVER DE BULOW?
SEPÚLTENLO EN EL HIELO. SERÁ NECESARIO EXAMINARLO CONCIENZUDAMENTE MÁS TARDE. MANTENGA LA CALMA DE SU GENTE, CAPITÁN.
LA MANTIENEN, MI GENERAL.
MIENTRAS TANTO...
LO HEMOS PERDIDO, MI TENIENTE.
¡ES IMPOSIBLE! TIENE QUE HABERSE OCULTADO POR...
¡AJÁ! ¡AHÍ ESTÁ!
¿PERO A DÓNDE DIABLOS VA? PARECIERA COMO QUE IGNORARA NUESTRA PRESENCIA.
MI TENIENTE, ¿QUÉ LE PASA A ORTIZ? ¿LO SABE?
CREO QUE NO. LO CIERTO ES QUE SU CUERPO SE ESTÁ CUBRIENDO DE UNA SUBSTANCIA PÉTREA MUY SEMEJANTE A LA LAVA ENDURECIDA, CABEZAS.
¿ESO ES PRODUCTO DE... DE LAS PÚSTULAS QUE LE APARECIERON EN EL CUERPO?
¡NO LO SÉ! ¡AJÁ! HA DESAPARECIDO EN ESA GRIETA.

INMEDIATAMENTE EL OFICIAL HIZO DESCENDER EL HELICÓPTERO.
¿QUÉ HAREMOS AHORA?
HAY QUE SEGUIRLO, CABO. ÉSA ES LA ORDEN.
UNA VEZ QUE RAMBAL HUBO BAJADO DEL APARATO...
USTED SE QUEDARÁ AQUÍ SIN PERDER CONTACTO CON EL REFUGIO, CABO. YO IRÉ TRAS EL SARGENTO.
¿USTED SOLO? PERMÍTAME QUE...
PERO EL OFICIAL NO QUISO ESCUCHAR MÁS. HACIENDO UN GESTO QUE ERA UNA ORDEN, CORRIÓ HACIA LA GRIETA POR DONDE VIERAN DESAPARECER AL MONSTRUO.
ERA UNA HENDIDURA EN LA SUPERFICIE QUE DEJABA VER EL AGUA Y ALGUNAS FOCAS QUE RETOZABAN. PERO...
¿POR DÓNDE DIABLOS SE IRÍA?
DESCENDIÓ UNOS CINCO METROS MÁS Y ENTONCES LLEGÓ AL BORDE DE LO QUE ERA UNA ESPECIE DE CORNISA DE HIELO.
RAMBAL DECIDIÓ EXAMINAR AQUELLO.
¡HUM! ¡UNA CAVERNA!

SIN PENSARLO DOS VECES SE DESCOLGÓ POR DONDE LE PARECIÓ MÁS FÁCIL HACERLO.
PERO NO TUVO QUE ESPERAR MUCHO POR LA RESPUESTA. LA ABERTURA DE ACCESO SE ESTABA CERRANDO, COMO SI EL HIELO LA ESTUVIESE SELLANDO. PERO EL OFICIAL SE DIO CUENTA DE QUE SE TRATABA DE OTRA COSA.
Y EL AVIADOR SE ENCONTRÓ EN UNA EXTRAÑA CAVERNA CUYA EXISTENCIA HABÍA IGNORADO, COMO LA IGNORABAN SUS COMPAÑEROS.
¿CÓMO ES POSIBLE QUE JAMÁS HAYAMOS ADIVINADO SIQUIERA SU EXISTENCIA?
CON UN COSQUILLEO DE MIEDO, EL AVIADOR CORRIÓ HACIA LA PUERTA INTENTANDO SALIR ANTES DE QUE SE CERRARA DEL TODO, PERO LLEGÓ TARDE.
¡ESTOY ATRAPADO!
CON DESESPERACIÓN BUSCÓ LA MANERA DE SALIR DE AHÍ, PERO EVIDENTEMENTE NO HABÍA MODO ALGUNO DE LOGRARLO. ENTONCES...
...OYÓ ESE RUIDO INDEFINIBLE, PERO QUE PODÍA SER EL DE LA PIEDRA SOBRE EL HIELO.

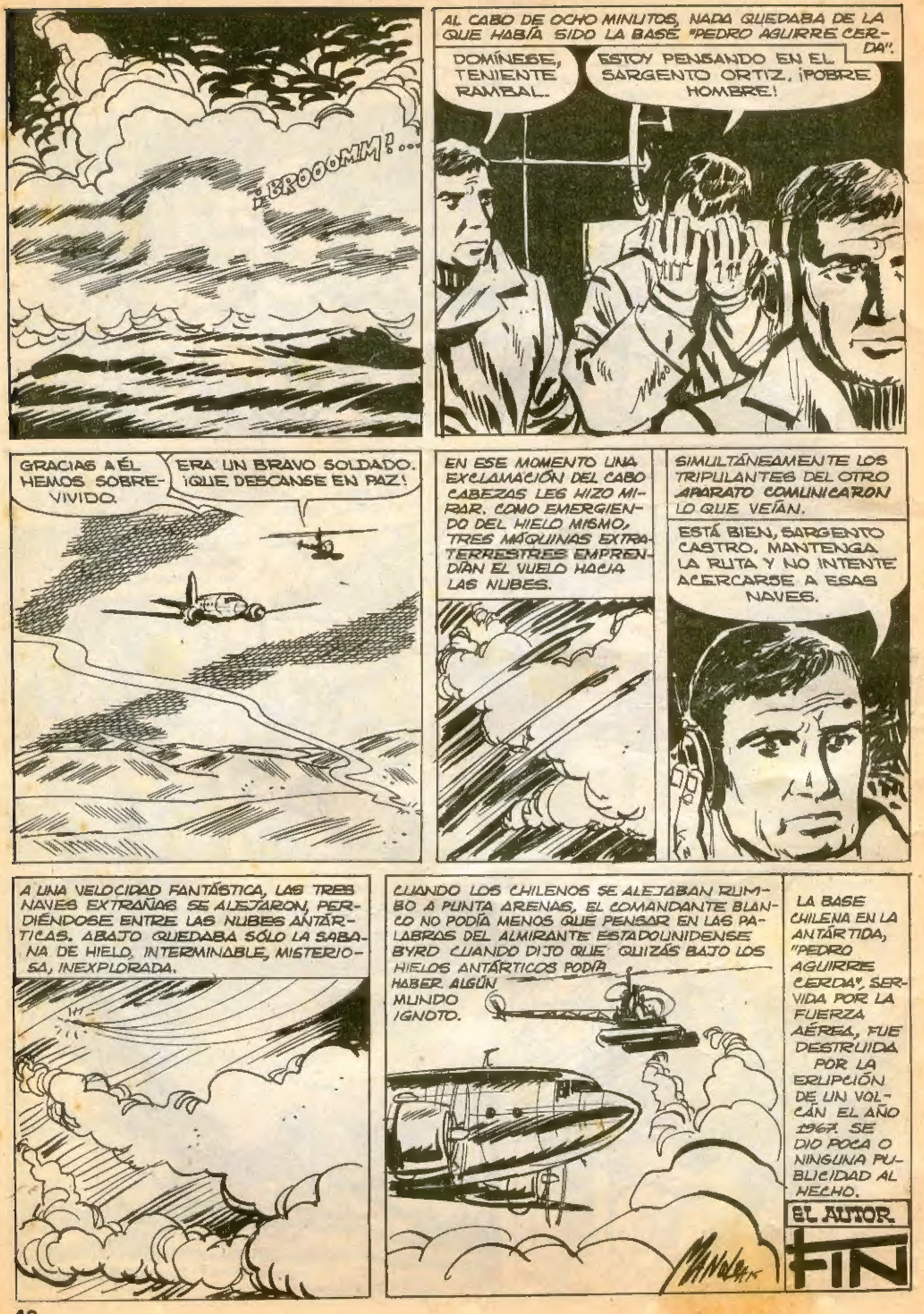
Y LO VIO AHÍ...
EMERGIENDO DE LA PIEDRA MISMA, SE APROXIMABAN TRES FIGURAS DE PESADILLA, Y UNA DE ELLAS ERA ÉL...
¡SARGENTO ORTIZ! ¡GRAN DIOS!
UNO DE LOS MONSTRUOS DE LAVA HIZO UN GESTO Y EL OTRO AVANZÓ HACIA EL HOMBRE. RAMBAL MALDIJO EL CONVENIO DE LAS NACIONES DE NO USAR ARMAS EN LA ANTÁRTIDA.
CUANDO SE APRESTABA A LUCHAR, OYÓ LA VOZ DE ORTIZ, GUTURAL, ESPELUZNANTE.
ES INÚTIL, TENIENTE. SE ROMPERÁ LAS MANOS CONTRA LA PIEDRA. NO SE RESISTA. ¡LA HORA HA SONADO!
ORTIZ, SI USTED RAZONA, PUEDE...
PERO UN IMPERIOSO GESTO DEL QUE PARECÍA EL JEFE LE HIZO ENMUDECER Y POCO DESPUÉS ERA CONDUCIDO CAVERNA ADENTRO HACIA UN DESTINO DESCONOCIDO.
MIENTRAS TANTO EL CABO PEDRO CABEZAS, INQUIETO POR LA TARDANZA DE SU SUPERIOR, SE COMUNICABA CON EL REFUGIO.
HACE UN CUARTO DE HORA QUE SE FUE, MI CAPITÁN, Y AÚN NO REGRESA.

MANTÉNGASE EN ESE SITIO, CABO. IREMOS POR USTEDES EN UN "SNOW-CAT." POR NINGÚN MOTIVO ABANDONE EL HELICÓPTERO.
A SU ORDEN, MI CAPITÁN.
SIMULTÁNEAMENTE ENZO RAMBAL FUE CONDUCIDO HASTA LO QUE PARECÍA UN ANFITEATRO, PERO QUE NO ERA OTRA COSA QUE EL CRÁTER DE UN VOLCÁN ACTIVO.
NADA TEMA, RAMBAL. USTED HA SIDO CONDUCIDO AQUÍ PARA QUE OBSERVE ESTO, QUE ES UN MUNDO PETRIFICADO EXACTAMENTE BAJO LA BASE "PEDRO AGUIRRE CERDA". ¿COMPRENDE?
PERO ESTO ES UN VOLCÁN...
SARGENTO, EXPLÍQUEME. ¿QUÉ LE HA PASADO A USTED? ¿POR QUÉ SU CUERPO...?
CONTAMINACIÓN, TENIENTE. TODOS ESTOS SERES NO SON HIJOS DE LA TIERRA: HAN LLEGADO AQUÍ EN TIEMPOS REMOTOS...
..."CUANDO LOS POLOS ERAN SELVA VIRGEN, Y LOS TRÓPICOS DE HOY, YERMOS HELADOS, TENIENTE. ¿COMPRENDE? ESTOS SERES, QUE EN SU ASPECTO ORIGINAL SON COMO LOS QUE VIO EL DOCTOR BULOW, HAN SIDO LOS COLONIZADORES FRUSTRADOS DE LA TIERRA".
"SÍ, FRUSTRADOS, PORQUE CUANDO IBAN A COMENZAR A COLONIZARLA, SUCEDIÓ EL CATACLISMO QUE CAMBIÓ SU FAZ TOTALMENTE".

"LOS COLONIZADORES FUERON TRAGADOS POR LAS MASAS ÍGNEAS, PERO COMO SU ESTRUCTURA DIFIERE DE LA NUESTRA, NO FUERON DESTRUIDOS, SINO QUE QUEDARON PETRIFICADOS POR LA LAVA. Y HAN PERMANECIDO ASÍ HASTA HOY, DESPUES DE MILLONES DE AÑOS, TENIENTE".
¡INCREÍBLE! PERO ¿QUIÉN NOS ENVIÓ EL MENSAJE POR MEDIO DE BULOW?
ELLOS. HA LLEGADO LA HORA EN QUE ESTOS SERES DEBEN SER DESTRUIDOS Y... YO CON ELLOS. EL MENSAJE ENTREGADO A BULOW DICE..
"MÁRCHENSE LOS HOMBRES DE LA TIERRA. ESTA ZONA SERÁ DESTRUIDA PARA SEPULTAR LOS RESTOS DE LOS COLONOS DE IOXON (X).
(X) MUNDO IMAGINARIO.
¿POR QUÉ DEBEN SER DESTRUIDOS? ¿POR QUÉ DEBE SER DESTRUIDO USTED, SARGENTO? USTED NO PERTENECE A ELLOS.
YO SOY AHORA UNO DE ELLOS, TENIENTE. ELLOS NO PUDIERON COMUNICARSE DE OTRA MANERA QUE USANDO A UNO DE NOSOTROS.
POR LO DEMÁS, MUCHOS HIJOS DE LA TIERRA, SIN DUDA, SON DE LOS NUESTROS. CONTINUAMENTE LLEGAN A LA TIERRA OLEADAS DE COLONOS DE IOXON, TRIPULANDO OVNIS, Y SE MEZCLAN CON LOS TERRÍCOLAS.

¡INCREÍBLE, SARGENTO! ¿PUEDO HACER ALGO POR USTED?
¡NADA! EL CICLO DE NUESTRA EXISTENCIA SE HA CUMPLIDO. YA NO SOMOS NADA MÁS QUE LAVA DEL VOLCÁN QUE NOS SEPULTÓ.
¡MÁRCHESE, TENIENTE, MI TENIENTE! LLEVE EL MENSAJE DE EVACUACIÓN A LA SUPERFICIE Y DIGA QUE ELLOS LES HAN SALVADO LA VIDA. EL TIEMPO APREMIA.
EL OFICIAL AVIADOR SE ALEJÓ, LANZANDO UNA ÚLTIMA MIRADA A AQUELLOS SERES IRREMISIBLEMENTE PERDIDOS. Y EN SU MENTE BULLÍA UNA PREGUNTA. . .
¿QUIÉNES LOS DESTRUIRÁN Y CÓMO?
EL OFICIAL, TEMBLANDO DE EMOCIÓN, LLEGÓ HASTA LA PUERTA HERMÉTICA, QUE SE ABRIÓ POR SÍ SOLA. LA TRANSPUSO Y SE ENCONTRÓ BAJO LA CORNISA DE HIELO.
VOLVIÓ A TREPAR, Y AL LLEGAR ARRIBA VIO AL CABO CABEZAS QUE OTEABA EL HORIZONTE POR DONDE SE VEÍA VENIR EL "SNOW-CAT" DE LA BASE, AL MANDO DEL CAPITÁN BLANCO.
MI TENIENTE, POR LA CHUATA. (✻) ¿QUÉ LE PASA? ¿DE DÓNDE VIENE?
NO HAY TIEMPO PARA PREGUNTAS, CABO. HAY QUE ABANDONAR ESTO INMEDIATAMENTE.
(✻) EXPRESIÓN DE ASOMBRO ENTRE EL PUEBLO CHILENO.

EN ESE INSTANTE LLEGABA EL COMANDANTE AUXILIADO POR EL SOLDADO-COCINERO TEMÍSTOCLES SALDÍAS, EL ÚNICO DISPONIBLE EN LA BASE.
¡TENIENTE RAMBAL! GRACIAS A DIOS QUE NO LE HA SUCEDIDO NADA.
SIN PÉRDIDA DE TIEMPO, RAMBAL PIDIÓ A SUS CAMARADAS QUE SE ALEJARAN DE AHÍ.
¿QUIERE INFORMARME, TENIENTE?
SÍ, MI COMANDANTE, PERO EL TIEMPO APREMIA. TODA LA ZONA SERÁ DESTRUIDA.
UNA HORA MÁS TARDE, LA BASE "PEDRO AGUIRRE CERDA" DE LA ANTÁRTIDA CHILENA ERA EVACUADA APRESURADAMENTE.
RAMBAL, ESPERO QUE SUS INFORMES TENGAN ALGÚN ASIDERO, PUES DE OTRA MANERA LO PASAREMOS MUY MAL ANTE LA JEFATURA.
MUCHO PEOR LO PASAREMOS NOSOTROS SI NOS QUEDAMOS AQUÍ, MI COMANDANTE.
¡MIREN! ¡UNA EXPLOSIÓN!
¡DIOS! ¡ERA VERDAD! ¡TOME ALTURA, CABO! ¡TOME ALTURA!
¡BOOOM!
ENTONCES SE PRODUJO EL CAOS.
¡BROOOM!


¡BROOOMM!...
AL CABO DE OCHO MINUTOS, NADA QUEDABA DE LA QUE HABÍA SIDO LA BASE "PEDRO AGUIRRE CERDA".
DOMÍNESE, TENIENTE RAMBAL.
ESTOY PENSANDO EN EL SARGENTO ORTIZ. ¡POBRE HOMBRE!
GRACIAS A ÉL HEMOS SOBREVIVIDO.
ERA UN BRAVO SOLDADO. ¡QUE DESCANSE EN PAZ!
EN ESE MOMENTO UNA EXCLAMACIÓN DEL CABO CABEZAS LES HIZO MIRAR. COMO EMERGIENDO DEL HIELO MISMO, TRES MÁQUINAS EXTRATERRESTRES EMPRENDÍAN EL VUELO HACIA LAS NUBES.
SIMULTÁNEAMENTE LOS TRIPULANTES DEL OTRO APARATO COMUNICARON LO QUE VEÍAN.
ESTÁ BIEN, SARGENTO CASTRO. MANTENGA LA RUTA Y NO INTENTE ACERCARSE A ESAS NAVES.
A UNA VELOCIDAD FANTÁSTICA, LAS TRES NAVES EXTRAÑAS SE ALEJARON, PERDIÉNDOSE ENTRE LAS NUBES ANTÁRTICAS. ABAJO QUEDABA SÓLO LA SABANA DE HIELO, INTERMINABLE, MISTERIOSA, INEXPLORADA.
CUANDO LOS CHILENOS SE ALEJABAN RUMBO A PUNTA ARENAS, EL COMANDANTE BLANCO NO PODÍA MENOS QUE PENSAR EN LAS PALABRAS DEL ALMIRANTE ESTADOUNIDENSE BYRD CUANDO DIJO QUE QUIZÁS BAJO LOS HIELOS ANTÁRTICOS PODÍA HABER ALGÚN MUNDO IGNOTO.
LA BASE CHILENA EN LA ANTÁRTIDA, "PEDRO AGUIRRE CERDA", SERVIDA POR LA FUERZA AÉREA, FUE DESTRUIDA POR LA ERUPCIÓN DE UN VOLCÁN EL AÑO 1967. SE DIO POCA O NINGUNA PUBLICIDAD AL HECHO.
EL AUTOR
FIN